















# Para la gente menuda

## AKBAR Y BIRBAL

(CONTINUACION)

—respondió el obeso Viresetti sin atreverse a negarlo por la razón antedicha.

—Bueno—continuó Birbal—y yo te envío tres ricas sedas de Persia que tú vendiste con mucha ganancia bajo un frondoso y corpulento árbol, junto a un estanque, en el pueblo de Jangula. ¿Te acuerdas?

—Sí, es cierto—contestó Viresetti por no pagar la multa.

—Así fué—prosiguió Birbal—; y también recordarás que cuando ajustamos cuentas resultaste debiéndome cien rupias de plata, que no me has pagado. Te he buscado largo tiempo y ahora te pido que me pagues esas cien rupias que me debes y que no puedes negarme.

Y entre las risas de sus compañeros mercaderes, el gordo Viresetti pagó a Birbal cien rupias, porque si negaba la verdad del cuento tenía que pagar igual cantidad.

—Buena broma!—dijo el rey cuando continuaron su camino. Y provechosa, aunque corre de mi cuenta el que Viresetti no pierda su dinero. Pero ¿quién es aquel que está llorando?

El hombre a quien el rey se refería estaba sentado en el camino, ante su casa, echándose polvo en la cabeza, y cerca de él, atado con una gruesa cuerda a una palmera, se hallaba un solemne camello. El rajá Birbal se acercó al hombre y le preguntó cómo se llamaba y la causa de su pena.

—Ay, ay!—se lamentó el interpelado—. Soy el desgraciado tonto Lal Mir, el camellero. Ese, mi camello, es un buen camello, pero tiene una falta. Se escapa por la noche y me cuesta mucho trabajo encontrarlo. Ayer se escapó por décima vez obligándome a buscártlo; y yo, tontito de mí, en mi ira, juré solemnemente venderlo por una de cobre; ¡cuando vale bien diez «mohurs» de oro! Y soy pobre! Y me arrepiento de mi juramento, pero no puedo librarme de él!

Birbal le escuchó y le respondió:

—Amigo; los juramentos formulados entre los treinta y dos dientes y muelas de la boca me son fáciles de quebrantar, pero tal vez puedas cumplir lo que has jurado sin perder en la venta. ¿Tienes gato en tu casa?

—Sí—respondió Lal Mir—; lo tengo y es un mal gato. Siempre me está enfadando, porque me roba la manteca, y aún me enfada más porque después de habérmela robado se acerca meneando la cola como burlándose. Además se ha puesto tan gordo y se ha hecho tan vago, que cuando ve un ratón araña en el suelo para llamarme la atención, por si quiero cazarlo yo.

—Tráeme ese gato—ordenó Birbal.

Lal Mir entró en su casa y sacó el gato. Y el rajá Birbal le mandó atarlo en el lomo del camello y recorrer con ellos las calles

## GALERIA DE CHICAS GUAPAS



Mariña Tengares, de Alfamén



Teresita y Pepito Isiegas

pregonando: ¡Se venden!, ¡se venden!... ¡El camello por una moneda de cobre, y el gato por diez «mohurs» de oro!... ¡Pero quien compre uno tiene que comprar el otro, porque son amigos y no quiero separarlos!

Y así lo hizo el hombre y así evitó la pérdida ni faltar a su juramento.

\*\*\*  
Café la tarde y ya regresaban a palacio, cuando dijo el rey:

—Rajá, me has dado dos pruebas de regocijado ingenio, pero aún falta la tercera.

—Ten fe, oh, rey mío!—respondió Birbal—; todavía no se ha puesto el sol ni la oscura de la seriedad ha secado aún el gran río del regocijo que corre por este triste mundo.

Aún no había acabado de decir esto, cuando se acercaban a la casa de Badaoni Khan, y Birbal vió a Badaoni sentado en la terraza. Entonces agotó el paso y alzando la voz como en el fuego de una viva discusión, dijo:

—No, señor, no; aunque a veces se puede lograr mucho por la fuerza se puede lograr más con la palabra!

Yo mismo, por medio de argumentos, puedo conseguir que los hombres hagan lo que no hacen obligados por la fuerza del brazo.

—Dices tú eso, fanfarrón?—gritó Badaoni Khan desde su terraza—. Entonces emplea tu poderosa elocuencia para hacerme bajar a la calle, o declara que es demasiado para tí una cosa tan insignificante.

(Continuará)

## LA TORTA

La mamá sorprende a Juanita llorando amargamente.

—¿Qué es eso? —¿Qué le pasa?— pregunta a su hermanito.

Este contesta:

—¡Que quiere comerse la torta que me has dado tú!

—¡Ah, trágona!—dice la mamá—. Pues, y la que yo le di a ella?

contrario. En cambio si a los erizos se les ocurría dar cargas ¡había que salir corriendo!

Además, cuando los erizos se hacían con la pelota, era «goal» seguro. La recibían en el aire y se la clavaban en sus pinchos. De allí no se la quitaba nadie.

El triunfo de los erizos fué enorme.

Los escarabajos peloteros dicen que no y que si hubo trampas y que si tal y que si cual, y que si los pinchos debían prohibirse para jugar al fútbol. Todavía dicen que ellos ganaron la olimpiada. No, hagáis caso. La verdad es lo que yo os acabo de contar. Los escarabajos son muy aficionados a meter bolas.

## Una advertencia

La educación de los príncipes y de los infantes es tan severa y tan rigurosa, que a veces llega a parecer un verdadero tormento. Hay que empezar a enseñarles desde su edad más tierna a someterse a los mandatos de la etiqueta, que es exigente en demasía; y por lo tanto es forzoso reprimir en ellos las expansiones naturales del ser humano, que no reconoce límite ni freno, y así resultan graciosos y adorables.

Los hijos del actual rey de Inglaterra, como todos los niños de rango parecido, fueron educados con gran severidad. Sobre todo en la mesa, bien puede decirse que están esclavos de la etiqueta. Estaban obligados a sólo el empleo de su idioma diez minutos hablar francés y alemán, permitiéndoseles después de la comida, tiempo que tenían también que permanecer sin moverse de su sitio. Cuando se dirigían a cualquiera de los comensales, habían de cuidarse de no inclinarse. Debían tener asimismo mucho cuidado para no dirigir a nadie la palabra hasta que no hubiese terminado de hablar el anterior. Y otra porción de cosas no menos necesarias.

Una vez comían todos ellos con sus padres y con el abuelo paterno, el entonces rey de Inglaterra, Eduardo VII, y, de pronto, el infantito Eduardo Alberto, actual príncipe de Gales, le dijo:

—Abuelito, abuelito...

Eduardo VII hizo como que no le oía y siguió comiendo.

—Abuelito!—insistió el niño.

El mismo silencio y la misma indiferencia. Entonces no se atrevió Eduardo Alberto a repetir la llamada, comprendiendo tal vez que había cometido una falta.

Pero cuando terminó la comida, dijo a su abuelito:

—En la mesa quería decirte que tenías un bichito en la ensalada; pero ya es inútil, porque te lo has comido.

## CAFE GRANJA AMERICANA BAR

ESMERADO SERVICIO

Helados, Bocadillos, Licores, Chocolates, Repostería, Mariscos

## GALERIA DE CHICOS GUPOS



Juanito Puyuelo















